
CRÍTICA DE LIBROS

Ana VELASCO ARRANZ

Les contradictions de la modernisation en agriculture

L' Harmattan, París, 2002

Es frecuente en estos días hablar de pensamiento único cuando escuchamos los debates en torno a la mundialización y sobre todo cuando nos referimos a la agricultura y las nuevas orientaciones de la política agraria. Pienso, no obstante, que ésta es una observación poco adecuada, ya que, si revisamos la historia reciente, es difícil encontrar una época como la de hoy en la que haya habido tanta pluralidad de discursos ideológicos y formas de acercarse a los problemas de la agricultura y el mundo rural. El libro de Ana Velasco se adentra en esos problemas con una mirada rigurosa y lúcida, sacando a la superficie algunos de los elementos que han acompañado los debates sobre la singular relación de la agricultura y los agricultores con el conjunto de la sociedad.

La modernización productivista como ideología

Para pensamiento único, la etapa álgida de la modernización productivista sí que era una época en la que campeaba por sus respetos un discurso hegemónico

sobre el modelo de agricultor y sobre un tipo de explotación ideal (técnicamente moderna y económicamente viable) a la que todas las políticas agrarias tenían que apoyar selectivamente si querían recibir un marchamo de respetabilidad. La modernización productivista pasó rápidamente de ser el modelo técnico-económico dominante que inspiraba a la PAC (política agraria común) de la Unión Europea para responder a las demandas de abastecimiento alimenticio de la población, a convertirse en una ideología, es decir, en un modelo con vocación de definir un orden social para el conjunto de la sociedad rural, siendo identificado con los intereses de un determinado grupo de agricultores e implicando la exclusión de otras formas de hacer agricultura.

Dada la influencia francesa en la construcción de la PAC, no es sorprendente que fuera en Francia donde se produjera con mayor nitidez ese encumbramiento ideológico del modelo productivista, impregnando el ámbito intelectual, político y sindical de ese país. Trabajos como los de H. Mendrás, *Le fin des paysans*

Revista Internacional de Sociología (RIS)

Tercera Época, nº 33, Septiembre-Diciembre, 2002, pp. 239-269.

(1974), P. Coulomb y H. Nallet, *Le syndicalisme agricole et la création du paysan modèle* (1980) o P. Muller, *Le technocrate et le paysan* (1984), sin olvidar la excelente obra coordinada por M. Gervais, M. Jollivet e Y. Tavernier, *Histoire de la France rurale de 1914 à nos jours* (tomo IV), (1976), muestran hasta qué punto caló este discurso de la modernización productivista en la influyente comunidad francesa de economistas y sociólogos agrarios. El libro *La révolution silencieuse* (1963), escrito por M. Debatisse, uno de los fundadores del CNJA (Centro Nacional de Jóvenes Agricultores) y luego máximo dirigente de la FNSEA (Federación Nacional de Sindicatos de Agricultores), refleja cómo el sindicalismo agrario francés se impregnó también de esa ideología modernizadora, acogiéndose a ella con la pasión del converso. Bien es cierto que, en esa misma época, hubo autores que ya pusieron de manifiesto las contradicciones del proyecto modernizador, pero lo hacían desde los márgenes del discurso dominante y mezclando sus análisis con elementos fuertemente ideologizados que le quitaban respetabilidad. Ese fue el caso de B. Lambert con su trabajo *Les paysans dans la lutte de classes*, que, imbuido de las ideas del Mayo del 68, se erigió en el libro de cabecera del movimiento Paysans Travailleurs, origen de lo que más tarde sería la *Confédération Nationale Paysanne*, convertida hoy en la principal organización alternativa al tándem formado por la FNSEA y el CNJA.

En el Reino Unido, la situación fue más plural, y el mundo rural era percibido de forma diversificada, enfa-

tizándose aspectos distintos de los relacionados con la producción agraria, tal como puede verse en los trabajos de H. Newby. No es casualidad que fuera en Manchester donde surgiera, promovida por Th. Shanin (ver su excelente libro *The awkward class* publicado en 1977 y editado al español con el título *La clase incómoda*) la perspectiva de los Estudios Campesinos, como posición crítica ante el avance de lo que ya se denominaba el paradigma de la modernización productivista. A esa diversidad contribuyó sin duda el hecho de que el Reino Unido no se incorporara a la UE, y más bien a regañadientes, hasta mediados de los años setenta y a que sus necesidades alimenticias hubieran sido tradicionalmente satisfechas a través de las exportaciones procedentes de los países de la Commonwealth. Ello explica que el modelo productivista no se extendiera con tanta intensidad en un país, como el Reino Unido, acostumbrado a contemplar su mundo rural desde una perspectiva más diversa que en la Europa comunitaria, una perspectiva en la que la conservación del medio ambiente y la preservación del paisaje formaban parte del universo simbólico de los británicos.

En la Europa del Sur, la modernización productivista impregnó las políticas agrarias de los años sesenta y setenta, dado el considerable atraso de sus agriculturas respecto a los países centroeuropeos y la necesidad de promover el trasvase de población desde las zonas rurales a las nuevas zonas industriales. En Italia, tal vez por la necesidad de la Democracia Cristiana de contar con el voto de los

pequeños campesinos (los *coltivatori diretti*) para mantenerse en el poder, la pasión con la que fue recibido el ideal productivista estuvo algo atemperada, acompañándose de políticas asistenciales de carácter corporativista en beneficio del segmento menos competitivo de su agricultura (ver el excelente artículo de G. Mottura, "Cuarenta años de estrategia corporativista en Italia", publicado en los nº 44 y 46 de la revista *Agricultura y Sociedad*, en 1987).

En España y Portugal, donde los regímenes autoritarios no necesitaban el voto del pequeño campesinado para consolidar su hegemonía, la política agraria de los años sesenta y setenta estuvo inspirada por una nítida lógica de modernización productivista (aunque procurando que fuera una modernización conservadora que no afectara la estructura de la propiedad de la tierra). El excelente trabajo de F. Oliveira Baptista, *Política Agraria (años treinta-1974)* para Portugal, o el ya clásico de J. M. Naredo, *La evolución de la agricultura en España* (1972), muestran la presencia inconfundible de la lógica productivista en la política agraria del Estado Novo portugués y del franquismo español.

Centrándonos en el ámbito intelectual y científico de los economistas y sociólogos agrarios españoles (la mayor parte de ellos procedentes de las escuelas de agrónomos o de la propia administración agraria española), puede decirse que, a lo largo de los años setenta y parte de los ochenta, se produjo un claro consenso sobre el modelo productivista, consenso que incrementó su legitimidad con la lle-

gada de la democracia y la adhesión a la UE en 1986. Salvo excepciones (como las de M. Gaviria, J. Martínez Alier o E. Sevilla, a los que se uniría más tarde J. M. Naredo y P. Campos), muy pocos expresaban públicamente las contradicciones que encerraba el proyecto modernizador y que ya empezaban a manifestarse en los países de la UE: endeudamiento de los agricultores, efectos nocivos sobre el medio ambiente, problemas sanitarios en el consumo de alimentos, excedentes en algunos subsectores, desigualdades territoriales...

Tuvo que esperarse a la segunda mitad de los años ochenta, y concretamente a la publicación de varios informes de la Comisión Europea, como el Libro Verde, para que esas contradicciones salieran a la luz y se incorporaran en el discurso oficial, saltando rápidamente a la agenda política con la introducción de diversas reformas en el contenido y orientaciones de la PAC (la reforma Mc Sharry de 1992 sería la carta de naturaleza del reconocimiento oficial de las contradicciones de la modernización, acelerado bien es cierto por las presiones externas para cerrar las negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT). Desde entonces el pensamiento único de la modernización productivista saltaría en pedazos, debiendo compartir espacio en la opinión pública europea con otros discursos alternativos, como el de la sustentabilidad, primero, el del desarrollo rural integrado, más tarde, o el de la multifuncionalidad, después.

El trabajo de Ana Velasco se adentra con brillantez en el tema de las contra-

dicciones de la modernización agrícola, recogiendo sus primeras impresiones del caso francés, que conoce muy bien por haber realizado una larga estancia en la Universidad de Paris X para estudiar su doctorado en sociología rural. Esas impresiones le permiten elaborar un marco analítico para estudiar empíricamente el caso de Extremadura.

Auge y decadencia del paradigma productivista en Francia

Con brillantez y exponiendo argumentos basados en una exhaustiva revisión bibliográfica, la autora presenta en la primera parte de su libro los elementos fundamentales del proceso de auge del paradigma de la modernización productivista en Francia y su posterior entrada en crisis. Para Ana Velasco, el ideal modernizador impregna a la comunidad agrícola francesa de los llamados *treinta glorieuses* (treinta gloriosos), periodo de casi treinta años que transcurre desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta el desencadenamiento de la crisis petrolera de 1973. El germen de la transformación del modelo técnico productivista en una ideología dominante se incubaba antes incluso de la creación de la Comunidad Económica Europea; es un germen inducido en la sociedad francesa por la necesidad de satisfacer la demanda alimenticia de la población y por el fuerte atractivo que sobre las élites políticas y económicas ejerce el poderío norteamericano en materia científica y tecnológica, y plasmado en lo que se denominaba la "revolución verde". Al formarse la CEE, Francia impone la creación de la

PAC, como contrapartida al potencial industrial de la RFA, impregnando la nueva política agraria europea de una lógica productivista que, con el Plan Mansholt, apostará claramente por la intensificación y el apoyo selectivo a explotaciones modernas dirigidas por agricultores profesionales y técnicamente formados.

A nivel francés, esa apuesta por la modernización productivista se basará, como señala Ana Velasco, en un pacto entre la clase política de la V República (personificada en el ministro de Agricultura E. Pisani y la aprobación de la ley de orientación agrícola de 1962) y el sindicalismo agrario mayoritario formado por la FNSEA y el CNJA y cohesionado en torno a un discurso que integraba, de un lado, el mensaje de la profesionalización defendido por los jóvenes agricultores, y, de otro, la defensa de la producción cerealista preconizada por los grandes productores del *Bassin Parisien*. En ese pacto, el gaullismo veía garantizado el apoyo electoral del voto rural, y el sindicalismo mayoritario veía reconocido un status de interlocutor exclusivo del mundo agrícola y un acceso privilegiado al contenido de la política agraria. Como señala con lucidez Ana Velasco, "durante los *treinta gloriosos*, productivismo e intensificación eran términos sinónimos que venían a dar sentido al modelo de desarrollo" (p. 32) dominante entonces en Francia y, por extensión, en el conjunto de la CEE. Ese modelo descansaba sobre una política agraria cuyos instrumentos favorecerían fuertemente la intensificación y especialización de las explotaciones

agrícolas y ganaderas para aumentar de forma constante la productividad, lo que significaba que el agricultor debía entrar en una especie de engranaje (incremento de la utilización de insumos, mayor incorporación de tecnología pesada, fuerte endeudamiento). La política agraria tendía a seleccionar, con el beneplácito del aparato dirigente del sindicalismo, a las explotaciones viables en términos de competitividad, esperando que se produjera el abandono de las no competitivas y, con ello, el trasvase de población rural a los nuevos sectores de actividad industrial.

El modelo tuvo un éxito inicial indiscutible, pero pronto mostró serias contradicciones: la primera se puso de manifiesto con la crisis del petróleo y la fuerte elevación de los precios de los insumos, que hacía inviables formas intensivas de producción que descansaban en un escenario de bajos costes; la segunda, menos coyuntural, se reflejaba en la resistencia de las pequeñas explotaciones tradicionales a la desaparición, mostrando su funcionalidad en periodos de crisis; la tercera se expresaba en la generación de excedentes en algunos sectores, como el lácteo o el de carne de bovino; la cuarta salía a la luz con la fuerte dependencia de las explotaciones agrícolas respecto a las industrias alimentarias; la quinta se manifestaba en los cada vez más evidentes efectos negativos de la agricultura intensiva sobre el medio ambiente, y, finalmente, como colofón a ese panorama, se producía el endeudamiento progresivo de los agricultores que habían optado por seguir fielmente la senda de la modernización. Tal como

se expone en el libro de Ana Velasco, esas contradicciones hicieron estallar al final de los años setenta el pacto social sobre el que se había construido la llamada política de cogestión agrícola en Francia, al romperse la unidad del sindicalismo y surgir disidencias importantes desde dentro de las organizaciones mayoritarias. La ruptura del consenso sindical se acompañará de la ruptura del consenso político con la victoria de Mitterrand en 1981, que ratifica la crisis del modelo productivista reconociendo la existencia de una agricultura diversa (empresarial, profesional y campesina) y, consecuentemente, dando carta de naturaleza a la pluralidad sindical al conceder también el status de interlocutor a las organizaciones disidentes, como la *Confédération Paysanne*. Esa explosión de pluralidad se extenderá al seno de la Unión Europea, que, con la reforma Mac Sharry de 1992, firmará la carta de defunción del pensamiento único que había caracterizado a la PAC durante los años 60 y 70 y abrirá la puerta al reconocimiento de formas de agricultura antes repudiadas por ineficaces y disfuncionales y ahora valoradas por su contribución al desarrollo del mundo rural dentro de lo que se llamará el paradigma de la multifuncionalidad.

España y la modernización conservadora

La segunda parte del libro de Ana Velasco se centra en analizar la modernización de la agricultura española, calificada por algunos autores de "modernización conservadora" por no afectar a las estructuras de las explo-

taciones agrarias. Con ese análisis, y utilizando el ejemplo español, la autora pretende reflexionar sobre las dificultades de implantar el modelo productivista en las agriculturas del Sur de Europa debido a la profunda heterogeneidad de su estructura social y a la diversidad de sus sistemas agrarios.

Como es conocido, la modernización de la agricultura española fue una modernización inducida por factores externos al sector agrario y no como resultado de unas demandas surgidas desde dentro de la comunidad agrícola. El contexto autoritario del franquismo no hizo necesario, a diferencia del caso francés, el pacto social con los representantes de los agricultores, sino que fue, en cierto modo, un diseño desde el ámbito de lo político en aras de responder a las demandas de crecimiento económico provenientes de otros sectores emergentes. Tras una clara exposición de la génesis histórica de la estructura social agraria española, basándose en la bibliografía al uso sobre este tema, Ana Velasco analiza el contexto de la transición democrática y el problema que se le plantea a las élites dirigentes españolas de construir un consenso sobre el modelo de agricultura, problema que se hace acuciante al entrar en la Unión Europea en 1986 y comprobar el nuevo escenario de la PAC (el análisis es muy sugerente para lectores franceses, ya que son ideas bastante conocidas para los lectores españoles interesados en los temas agrarios). El libro muestra la perplejidad de los dirigentes agrarios españoles que, imbuidos del ideal modernizador seguido con pasión como ejercicio previo a la adhesión a la UE,

no aciertan a comprender los cambios que se estaban produciendo en el escenario europeo como reflejo de las contradicciones de la modernización ya mencionadas. La inexperiencia y división de los dirigentes del sindicalismo agrario, junto a la ambigua posición de los representantes del ministerio de Agricultura respecto al modelo de desarrollo agrario y rural a defender en la arena europea (la compleja aprobación de la ley de modernización de explotaciones agrarias de 1995 es bastante ilustrativa de esa ambigüedad), explican la debilidad del *lobby* agrícola español en Bruselas y la estrategia de seguidismo respecto al liderazgo de países como Francia. Ana Velasco muestra en su libro cómo España renuncia a tener una posición influyente en las negociaciones de la reforma de la PAC y se conforma con mantener una posición pasiva esperando que las decisiones sean las menos desfavorables. En el fondo de su análisis subyace la idea de que en España, y por lo general en los países del Sur de la UE, es donde se manifiesta con mayor nitidez las contradicciones de la modernización productivista, siendo esas contradicciones las que paralizan la posibilidad de elaborar política agrarias propias debido a los costes políticos y sociales que supone la toma de decisiones en territorios tan heterogéneos desde el punto de vista productivo y social. Como señala la autora al finalizar la segunda parte de su libro, “las regiones del Sur son empujadas, de una parte, a adoptar políticas que favorezcan el aumento de la productividad por la vía de reducir el número de activos e

incrementar la competitividad de las explotaciones, y de otra parte, se ven obligadas a frenar esa productividad y adoptar políticas destinadas a proteger los recursos naturales, preservar el paisaje y mantener mano de obra en los campos. Esta situación contradictoria es causa de conflictos sociales y territoriales, pero sobre todo mantiene divididos a los actores sociales y los responsables políticos ante la imposibilidad de posicionarse ante los dos modelos de agricultura” (p. 158).

Extremadura, como ejemplo de las contradicciones de la modernización

La tercera parte del libro analiza desde una perspectiva regional el problema de la modernización agraria, y sus contradicciones, centrandolo en el caso de Extremadura, una región en la que coexisten con bastante claridad diversos sistemas agrarios. En primer lugar, el sistema extensivo de la dehesa (para cuyo análisis la autora utiliza los excelentes trabajos de P. Campos), que, además de ocupar el 40% de la superficie regional y el 63% de la superficie agrícola útil (SAU) y contribuir a casi la mitad de la producción final agraria de la región, constituye un importante elemento de identidad de Extremadura; es el de la dehesa un sistema mixto agrícola-ganadero caracterizado por la presencia de las grandes explotaciones (de más de 100 has). En segundo lugar, se encuentra el sistema agrario de las zonas de regadío (en las riberas del río Guadiana en Badajoz o del río Tajo en Cáceres), que, si bien sólo ocupan el 5,5% del territorio y el 8,5% de

la SAU regional, aportan el 48% de la producción final agraria, estando caracterizadas por el predominio de la pequeña explotación familiar. En tercer lugar, se sitúa el sistema de tierras de secano cerealistas, vitícolas y olivareñas, donde predomina una estructura agraria de medianas explotaciones que ocupan el 20% de la SAU regional y experimentan una profunda reconversión como consecuencia de las nuevas orientaciones de la PAC. Finalmente, Ana Velasco caracteriza el sistema de agricultura de montaña localizado en el norte de la provincia de Cáceres; ocupando el 6% de la SAU regional y con una agricultura muy variada y pluriactiva, sus territorios experimentan un fuerte dinamismo a partir de los programas de desarrollo rural Leader y Proder y sobre la base de diversificaciones las actividades económicas. Tras esta caracterización, el libro aborda, en un excelente recorrido histórico, la sociogénesis de los dos sistemas que expresan mejor la dualidad de la agricultura extremeña (el de la dehesa y el de las zonas de regadío), mostrándolos como casos ilustrativos de la realidad de la Europa del Sur.

La parte final del libro trata de los actores que definen la política agraria y de desarrollo rural en Extremadura: el gobierno regional (a través de la Consejería de Agricultura) y los sindicatos agrarios. Respecto a la política agraria del gobierno regional, su objetivo es tal como señala Ana Velasco, conciliar la intensificación y el crecimiento de la producción en las zonas de regadío y la preservación del medio natural y los productos de calidad en las zonas

menos productivas como la dehesa y las comarcas de montaña. Ese objetivo se ha plasmado en la aprobación de un paquete legislativo formado por cinco leyes destinadas a regular la financiación, la orientación de cultivos, la definición de agricultor a título principal, la modernización de las explotaciones de regadío y la agricultura ecológica. Asimismo, se han puesto en marcha medidas para facilitar la integración de la industria agroalimentaria en el proceso de modernización de la agricultura regional, aumentar la superficie de regadío y la intensificación desde una lógica productivista, y favorecer las economías locales apoyando, mediante denominaciones de origen, los productos de calidad ligados a identidades territoriales. En este sentido, Ana Velasco expresa con lucidez las contradicciones de esa política con la lógica de la PAC, en la que, a falta de introducir criterios de modulación, favorece a las grandes explotaciones agrarias extensivas, aumentando así las desigualdades entre grandes y pequeños propietarios. Sólo definiendo una política propiamente regional sería posible contrarrestar esa tendencia. Pero el problema, tal como indica con acierto la autora, es que para hacer esa política hacen falta recursos económicos propios, lo que no es el caso de Extremadura, que depende fuertemente de los recursos procedentes de la UE y que ve reducido su margen de maniobra. El ejemplo de la modulación es ilustrativo: es necesaria, pero el gobierno regional teme que los recursos obtenidos con la modulación no puedan utilizarse para financiar una política agraria adaptada

a las necesidades de la agricultura y el mundo rural de Extremadura.

No obstante, Ana Velasco señala que, a la vista del nuevo escenario de la PAC, que enfatiza cada vez más la dimensión ecológica de la agricultura y posibilita el avance de la multifuncionalidad como un futuro paradigma sustitutivo del de la modernización productivista, son las grandes explotaciones extensivas (que en el caso de Extremadura serían las de la dehesa) las que pueden resultar más beneficiadas. Se daría así una paradoja, que pondría de manifiesto las contradicciones de las nuevas orientaciones de la política agraria, a saber: el ecologismo como discurso de la nueva modernidad estaría jugando a favor de un cierto conservadurismo social (yo añadiría también, conservadurismo político) en regiones como la extremeña (pero cuyo análisis podría extenderse a muchas regiones de la Europa del Sur) donde las élites agrarias tradicionales, en claro retroceso, encuentran ahora, con la nueva política agraria y rural, la oportunidad de renovarse (sin alterar la estructura fundiaria de sus propiedades) y recuperar parte del poder perdido en el ámbito de la política local y regional. Es lo que Ana Velasco llama la contradicción entre lo social y lo ecológico en relación con la agricultura (p. 240).

Esas contradicciones se manifiestan en el panorama del sindicalismo agrario extremeño, cuyas organizaciones ASAJA, UCE-COAG y UPA son analizadas con claridad en el libro, contribuyendo así a completar en el nivel regional lo que ya se viene estudiando en el nivel estatal. Las

posiciones ambiguas de los sindicatos agrarios respecto a la reforma de la PAC reflejan el escenario de contradicciones en que se mueven sus dirigentes, conscientes de que Extremadura necesita seguir avanzando por la senda de la modernización y la competitividad, pero temerosos de los efectos de desigualdad social que puede provocar esa vía sobre una sociedad agraria tan heterogénea como la extremeña.

El libro finaliza con la presentación de los resultados de una encuesta a 69 explotaciones agrarias realizada según la metodología clásica en este tipo de trabajos, y en la que la autora mide el impacto de las políticas agrarias sobre los distintos tipos de explotaciones en Extremadura. El acierto de Ana Velasco al realizar la encuesta es haberla completado con un programa de entrevistas semiestructuradas a los titulares de las explotaciones seleccionadas, lo que le ha permitido analizar la percepción que tienen los agricultores extremeños sobre el proceso de cambio en curso y la valoración que hacen de las políticas puestas en marcha, tanto desde la

UE como desde el gobierno regional. La combinación de la metodología cuantitativa y cualitativa ha posibilitado que la autora presente un fresco extraordinariamente rico en matices sobre la realidad de la estructura agraria extremeña y la diversidad de los actores (agricultores) que la protagonizan.

En definitiva, el libro de Ana Velasco constituye una excelente aportación al conocimiento de la agricultura y la sociedad rural extremeña. Pero también es una magnífica oportunidad para reflexionar sobre las viejas y nuevas contradicciones de las políticas agrarias en las regiones del Sur de la Unión Europea, unas regiones donde la diversidad de sistemas productivos, la variedad territorial y la heterogeneidad de sus estructuras sociales hace que sea más complejo que en las regiones del Norte regular de forma adecuada la relación entre agricultura, sociedad y economía.

EDUARDO MOYANO
IESA - (CSIC). Córdoba